

Comunicación estratégica en tiempos de algoritmos e inmediatez

Washington Uranga
Buenos Aires, 2025

Siempre es difícil caracterizar y analizar el tiempo que a cada una y a cada uno le toca vivir. La contemporaneidad hace “complicado” lo “complejo” y -gran parte de las veces- nos presenta como indescifrables los momentos de la historia que protagonizamos, con independencia del lugar o la responsabilidad que ocupemos.

Edgar Morin nos recuerda que “legítimamente, le pedimos al pensamiento que disipe las brumas y las oscuridades, que ponga orden y claridad en lo real, que revele las leyes que lo gobiernan”. Y, por ese motivo, sigue diciendo el filósofo, “el término complejidad no puede más que expresar nuestra turbación, nuestra confusión, nuestra incapacidad para definir de manera simple, para nombrar de manera clara, para poner orden en nuestras ideas”. (Morin, 1988: p. 10)

Lo complicado es diferente de lo complejo. Toda realidad es compleja por sí misma y demanda una determinada racionalidad para vincular lo nuevo y lo viejo, las partes y el todo. Cuando se carece de esa racionalidad todo se vuelve entonces complicado e imprevisible. Porque las partes pierden visibilidad en la inmensidad de un océano crispado, porque las novedades nos sorprenden o nos abruma, porque las categorías con las que hemos venido funcionando no son aplicables o dejan de ser útiles.

Creo que esto es lo que nos está pasando ahora en la sociedad y en la comunicación en particular.

Morin afirma que el pensamiento complejo une, contextualiza y globaliza, reconociendo lo singular y lo concreto. Podríamos decir que se trata de la capacidad de comprender la realidad a través de la integración de la incertidumbre, el orden, el desorden y las múltiples interacciones de las partes, en lugar de analizar cada una de ellas por separado y fragmentada la totalidad. Para hacerlo hay que sortear los límites disciplinarios, traspasar esas fronteras y recuperar la transversalidad analítica para volver al caos.

¿Como se entiende lo anterior? La modernidad no solo nos “ordenó” la vida sino que elaboró disciplinas científicas para interpretarla y explicarnos sus dinámicos, sus movimientos y la manera de resolver los conflictos. Fuera de este orden -en el que fuimos instruidos y que aprendimos- todo es des-orden y la vida carece de cualquier sentido ordenador válido.

La modernidad presentó el caos como un espacio de ausencia del orden, de la vida y del sentido. Ahora estamos frente al desafío de resignificar la noción de caos.

Morin sostiene que “en la visión clásica, cuando una contradicción aparece en un razonamiento, era una señal de error. Significaba dar marcha atrás y emprender otro razonamiento. Pero en la visión compleja, cuando se llega por vías empírico-rationales a contradicciones, ello no significa un error sino el hallazgo de una capa profunda de la realidad que, justamente porque es profunda, no puede ser traducida a nuestra lógica” (op.cit.: p.100).

Reivindicar el caos como un lugar donde se genera la vida, la estructura, el logos y el sentido de “un otro orden” es un ejercicio liberador. Es un procedimiento que nos permite ampliar los límites de la razón liberándola de explicaciones unidimensionales positivistas que nos legó la modernidad.

Vamos por partes.

No menos cierto es que el transcurrir del tiempo y la mirada histórica retrospectiva -cargada también de información y categorías que se fueron atesorando de manera tan experiencial como racional- nos habilita para comprender -al menos en parte- lo que hoy vivimos. Pero se trata de un ejercicio insuficiente. Estamos sorprendidas y sorprendidos por el momento histórico porque vivimos en tiempos de fragmentación, de disociación en múltiples escenarios. Tiempos en los que los modos de producción están en permanente transformación, no se corresponden con hábitos culturales aprendidos y arraigados, pero al mismo tiempo puestos en jaque de manera constante por la presión vertiginosa de los cambios tecnológicos que impactan de manera diversa de acuerdo a las franjas etáreas y la condición social.

Hay cambios en la noción del tiempo porque la inmediatez se impone. Todo es ahora o no es. Hay cambios en el espacio: es ahora pero es aquí. Un “aquí” que tampoco es tangible porque está captado por la imagen y por los símbolos. O, mejor dicho: es una aquí y ahora nuevo, que modifica las rutinas, los consumos, la manera de compartir, de relacionarnos, de vincularnos, de significar. Para producir, para asociarnos, para amar y crear lazos que perduren en el tiempo. ¿En qué tiempo?

Existen nuevos modos de explotación. Miremos un poco la historia. La Escuela de Frankfurt nos alertó acerca de la razón convertida en un instrumento de dominación. Theodor Adorno (1903-1969) y Max Horkheimer (1895-1973) le pusieron título a esa categoría: le llamaron “razón instrumental” al conocimiento transformado en poder. Hoy, inmersos en la era digital, el poder se reinventa en base a los algoritmos que son capaces de decidir trayectorias y de medir hasta las emociones. Captar nuestra atención, la de los seres humanos, se convirtió esencialmente en un recurso económico, en un modo de acumulación de capital.

El mundo digital funciona como una fábrica en la que los gestos se registran como hechos y los datos son siempre una mercancía. Podríamos decir que el siglo XIX se caracterizó por la explotación de la fuerza de trabajo. En el siglo XXI todas y todos somos explotados mediante los datos que se extraen de nuestra atención puesta al servicio de la acumulación sin darnos cuenta, sin ser retribuidos por nuestro “trabajo”... y a costa de nuestra salud mental.

Así las cosas el paradigma técnico digital reemplaza al paradigma humano de tal modo que el primero se ubica en el lugar de la referencia para la verdad, por una parte, y para la productividad, por otra. La ciencia ya no aspira a explicar el mundo, sino que se transforma en una ingeniería cuyo propósito es engendrar otros mundos. En eso trabaja la Inteligencia Artificial (IA) pretendiendo sustituir al cerebro humano. Con una limitación: las máquinas y los sistemas pueden

imitar y hasta mejorar patrones. Pero carecen de sentimientos, de sensibilidades, no sufren. Todo esto último es propio e inseparable de la condición humana.

Pero hasta las máquinas, que funcionan de acuerdo a la manera cómo han sido programadas, a veces nos dan sorpresas.

Veamos un ejemplo. En la segunda semana de octubre de este año 2025 y en medio de la enorme crisis económica del país, el presidente Javier Milei anunció con gran despliegue una inversión que estimó en 25 mil millones de dólares para la instalación de un centro de datos en la Patagonia argentina como parte del proyecto global denominado "Startgate". Sam Altman, el CEO de OpenAI, la empresa que debería llevar adelante el emprendimiento, respaldó el anuncio en un video.

El sitio LaPolíticaOnline¹ decidió consultar a la IA sobre el proyecto y recibió la siguiente respuesta: "Ahora voy a abstraerme de toda narrativa amable, del sesgo positivo por tratarse de OpenAI, y voy a dar una hipótesis cruda, técnica y estratégica de lo que este anuncio podría ser realmente". Y a continuación IA sostuvo que "no es un proyecto de inversión" sino una "declaración de lealtad". Fundamentó que "25.000 millones de dólares es un número ridículo para un data center. A modo de comparación, los centros de datos más grandes del mundo (como los de Microsoft en EEUU y Arabia Saudita) tienen inversiones de entre 1.000 y 5.000 millones por un campus completo. En general, una inversión de 25.000 millones de dólares se destina a infraestructura nuclear, ferroviaria o energética de escala continental". La IA remató diciendo que "si se llega a hacer, será al precio de entregar partes clave del tablero nacional a intereses que no necesariamente buscan el bienestar local, sino el control regional".

La IA fundamenta su respuesta señalando que "Milei está alineado explícitamente con Trump, y su discurso anti-China, anti-Rusia y 'pro-libertad' se ajusta perfectamente a la estrategia geopolítica de contención de influencias emergentes en Sudamérica".

Las máquinas no tienen sentimientos, no se emocionan... pero en algunos casos pueden poner en evidencia la mentira, advertirnos sobre las *fake news* o los anuncios distorsivos que intentan la manipulación de las audiencias ciudadanas.

No todo funciona como es programado ni como el ser humano pretende.

Barajar y dar de nuevo

Como bien titularon ustedes a las Jornadas de Comunicación Estratégica, se trata, ni más ni menos, que de "barajar y dar de nuevo".

Me sumo a la idea -que es también un desafío- siempre y cuando ello no signifique que "barajar y dar de nuevo" equivale a "borrón y cuenta nueva". Es preciso repensar a partir de un nuevo análisis situacional, caracterizar a los jugadores, ver los intereses en juego y sacar renovadas conclusiones. En palabras de Morin volver a poner "orden y claridad en lo real" y revelar, exponer, exhibir las leyes que gobiernan esta coyuntura. Es una tarea no menor: es "barajar y dar de nuevo".

¹ <https://www.lapoliticaonline.com/politica/open-ai-dice-que-el-anuncio-de-inversion-de-open-ai-en-argentina-es-ridiculo-y-es-solo-propaganda-para-milei/>

Y para ello será útil rescatar lo que Carlos Matus (2007: p. 179) nos enseñaba diciendo que “conocer la realidad no se agota en la comprensión de las cosas, debe incluir, además, la comprensión de las ideas, las creencias y los valores. Por lo tanto -afirma- en un proceso social contradictorio y conflictivo la realidad consiste no solo en lo que yo creo que es, sino además en lo que los otros creen que es. Conocer la realidad es también conocer las ideas, creencias y pensamientos de los otros”.

En otras palabras. Aportar datos, pero también indagar en las intenciones, en los propósitos y en los fundamentos de la realidad que estamos viviendo.

Dando por válido lo anterior me atrevo a decir que en muchos aspectos de la vida, pero en particular en lo referido a la comunicación en todos sus órdenes y niveles, nos está tocando ser partícipes -como actores pero también como víctimas- de un momento sumamente singular de las prácticas comunicativas. Por las transformaciones tecnológicas, pero también por los modos de producción y consumo de los mensajes, los procesos de producción de sentido y los impactos de todo lo mencionado tienen en la vida cotidiana, en la economía, en la política, en la cultura.

No sin razón alguien podrá decirme -o decirnos- que este es la excusa -nunca perfecta- que podemos dar ante la falta de respuestas o explicaciones. Puede ser verdad y no quiero eludir la responsabilidad de esas respuestas. Pero no menos cierto es que la velocidad de los cambios, la novedad de los mismos y los impactos en la vida social se suceden de una manera tal que resultan difíciles de captar para la mente humana -en primer lugar- pero también para quienes tenemos que lidiar con esos cambios, interactuar en los nuevos escenarios, tomar decisiones y -como si fuera poco- intentar dar explicaciones.

Los datos, nueva forma de poder y sus consecuencias

Nuestros datos se han convertido en la nueva materia prima del capitalismo que antes basó su poder en la acumulación de riqueza a través del capitalismo industrial. Y los datos son comunicación. Porque, como bien señalan Couldry & Mejías (2022: p. 12) la evolución del capitalismo no habría sido posible “sin los cambios radicales que se han producido en los últimos treinta años en las estructuras de comunicación, en concreto en la integración de los sistemas informáticos a la vida humana en muchos niveles”.

Lo que cambia es el orden económico y los factores que lo condicionan. Operar sobre la base de los datos y con los datos es la forma de poder por excelencia y nada de ello está desvinculado de la comunicación. El colonialismo que en otros tiempos se ejerció mediante la conquista de nuevos territorios hoy se expande a través de las redes digitales por las cuales transitan los datos y ésta es la forma de crear valor: quien controla los datos ejerce el poder.

¿Qué entendemos por datos? Son los flujos de información que pasan de la vida humana en todas sus formas a las infraestructuras que las recogen y las procesan convirtiéndose en el punto de partida para generar beneficios a partir de los datos. Y, como bien dicen Couldry & Mejías (2022: p. 13) “los datos abstraen la vida al convertirla en información que se pueda almacenar y procesar en los ordenadores y se apropian de la vida al convertirla en valor para un tercero”.

Somos nosotras y nosotros quienes alimentamos la industria de los datos con cada click, con cada posteo, con cada consulta en la web. Todos nosotros somos una fuente inagotable -y también

inconsciente- de información que otros -aquellos que controlan los flujos- convierten en riqueza generando poder económico.

Hay una nueva forma de colonialismo cimentada en los datos. El capitalismo clásico se apoyó en la explotación de la fuerza de trabajo, tal como lo explicó Carlos Marx en su momento. En cambio, el capitalismo de datos puede llegar a ser no laboral, aunque eso no signifique que desaparece la explotación física. Es la apropiación de la vida. La materia prima es la persona, los actores que protagonizan la vida cotidiana de nuestras sociedades.

Esta nueva realidad de transformación tecnológica modifica esencialmente la vida cotidiana de las personas, sus modos de vinculación pero también condiciona su manera de pensar, de razonar, de gestionar y tomar decisiones. Tales transformaciones se instalan en nuestros modos de ser y actuar hasta tal punto que inciden en la manera como nos relacionamos y como nos expresamos, pero también determinan la agenda: en qué pensamos y con qué categorías lo hacemos. Qué prioridades nos planteamos, qué consideramos importante y qué es lo accesorio. Así se trastoca -esto sin hacer a priori un juicio sobre ello- lo que hasta no hace tanto tiempo nombramos como "la escala de valores". A modo de ejemplo. Hay tendencia al "yo merezquismo"... yo me lo merezco todo y antes que todos, dejando atrás el sentido de lo comunitario, desplazando la noción de solidaridad que fundamenta lo comunitario.

Pero para ir también a las situaciones que generan estas transformaciones. Hagan memoria de sus posteos en la redes sociales o de sus participaciones en los debates que allí se suceden. ¿Qué ocurre después de tales intervenciones? Comenzamos a recibir un bombardeo de información sobre esos temas, de publicidad y también de apelaciones a lo emocional. Esta suerte de invasión o acoso tiene por lo menos dos características: la inmediatez y la fragmentación, que toma las partes separadas del todo y presentan a cada una de ellas como la totalidad, lo único existente, válido y atendible. La atención debe centrarse allí y solamente allí. Así lo demanda la apelación y la presión permanente que, como un repiqueteo digital, emerge de las pantallas alimentadas por algoritmos.

A ellos se agrega que la inmediatez se entrena en la ludopatía. Es el germen de una práctica relacional. Se valora el "mérito" de arriesgar, aunque nada garantice el éxito y se exhibe a *influencers* con la pretensión de convertirlos en líderes sociales, cuando no políticos. En esta maniobra se solapa la intención de generar nuevos tipos de liderazgos personalísimos sin raíces comunitarias. La validación digital, sustituye la acreditación social. Tampoco hay intercambio colectivo para llegar a esa legitimación. Todo es punto a punto, estímulo y respuesta refleja para reforzar a los iguales con los iguales. Son burbujas, nichos de aislamiento aunque se denominen a sí mismas comunidades digitales.

La suma de estas nuevas realidades conspira contra la posibilidad de analizar, de reflexionar haciendo todo complicado e impidiendo la perspectiva de la complejidad que vincula, anuda, relaciona de manera tal de ordenar de otra manera nuestras ideas, de religar y percibir lo emergente, frustrando la propuesta de Morin a la que aludíamos al comienzo.

La combinación de inmediatez con velocidad obnubila las posibilidades de razonar porque invade, atosiga y, al mismo tiempo, exige respuestas también inmediatas al alcance de un click que

sustituye el discernimiento y simplifica la complejidad hasta hacer imposible la comprensión. El dedo actúa por reflejo y ante el estímulo, anticipándose a la razón.

No perdamos de vista que esta realidad afecta también el orden político. Porque la ponderación política necesita no solo de los tiempos, sino de la vinculación de los elementos, de la comparación y de la confrontación, para la construcción de alternativas en el diálogo desde la diferencia.

La comunicación en el Norte y en el Sur

No se nos escapa que todo lo descrito se hace y se promueve desde la perspectiva y los intereses del Norte dominante.

Ateniéndonos a nuestra ubicación en el Sur vale preguntarnos ¿qué significa hoy que el Norte global piense lo comunicacional desde la lógica de la conectividad y el rendimiento?

A renglón seguido -sin que esto implique negar la instalación de las nuevas tecnologías- ¿cuál debería ser el punto de partida desde el Sur? ¿La convivencia y la reciprocidad?

Se trata de una diferencia, que no es apenas semántica sino civilizatoria, y que podría funcionar como la tensión principal para interpelar tanto a la razón algorítmica como al tipo de razón relacional que la sostiene.

Aquí se abre un espacio para reinstalar el debate sobre la comunicación.

En una obra reciente titulada “Intersticios, enredos, intersecciones y interrupciones” (2024, Quito, CIESPAL), el comunicólogo boliviano Adalid Contreras Baspineiro, insiste en la pregunta que se reitera una y otra vez entre quienes hacemos comunicación desde el Sur del mundo: ¿qué entendemos por comunicación? La discusión se vuelve más relevante todavía en tiempos como el que atravesamos empapados del pragmatismo instrumental y funcionalista que inunda a gran parte de los profesionales del campo que -felices y contentos- danzan entre algoritmos que operan y nos gobiernan más allá de las supuestas o reales habilidades de quienes presumen controlarlos. Se agrega la constante presión de la inmediatez de los mensajes para modelar conciencias e impactar en las conductas de las personas con propósitos económicos, sociales, políticos y culturales.

En su obra -cada vez más importante como contribución al pensamiento latinoamericano en la materia- Contreras Baspineiro afirma que la perspectiva de la comunicación vista desde el Sur se apoya en la tríada relación, diálogo y participación.

Es de destacar que para Jesús Martín-Barbero (2018: p. 103)

“dialogar es entrar en una relación de persona a persona, es lanzar una palabra al encuentro no de una resonancia sino de una respuesta. Cuando me dirijo al otro -dice- no es un discurso universal que yo busco, sino por el contrario su palabra particular. Hacer una pregunta es asumir un nombre. En su respuesta o su mudez, el otro acepta o no de formar un ‘nosotros’ que hace posible la comunicación. El diálogo se teje así sobre un fondo de nombres o, mejor dicho, de pronombres personales que forman la textura de la intersubjetividad”.

En el texto citado, Contreras Baspineiro sostiene que “la comunicación es el atributo del intercambio poniendo en común sentimientos, conocimientos, valores y prácticas para construir el

sentido de la vida”. A partir de ello agrega que la comunicación “se hace en los procesos que se dinamizan en espacios donde se expresan diversidades culturales, identidades diferentes y subjetividades que se construyen y constituyen significaciones”.

En el mismo trabajo el autor boliviano afirma que

“la noción de comunidad como un todo de convivencia es esencial en la definición de la comunicación, porque es el lugar donde se encuentran las individualidades consigo mismas y con su entorno social, se nutren las construcciones discursivas, se construyen las prácticas sociales y se decide el sentido de los cambios, que no operan solamente en las condiciones de vida, sino también en la trama de relaciones comunitarias caracterizadas por la colaboración, la solidaridad, la cooperación y la expresión de la palabra”.

Desde esta mirada hacer comunicación es también y primordialmente, un acto de esperanza.

El rescate de esta perspectiva respecto de la comunicación resulta sumamente relevante en tiempos como el presente en el que hemos dejado en manos de los algoritmos todo aquello que resulta “inexplicable” otorgándole al algoritmo “poderes y motivaciones que simplemente no tienen” porque “detrás de cada algoritmo hay programadores, decisiones, objetivos comerciales” como bien lo señala Joan Cwaik (2024: p. 25). Y porque, como lo afirma el mismo autor, el fenómeno de las plataformas y las redes genera un “espejismo” de personalización que no es tal, porque “nos hace ver solo una pequeñísima parte de la realidad, lo que el algoritmo ‘cree’ que queremos ver”. Y hasta más allá: “se filtra en nuestro sentido de identidad, empujándonos a creer que solo somos un conjunto limitado de preferencias visibles”. Es decir, subraya Cwaik, “como si nos redujera a una caricatura”.

El algoritmo no es un ente abstracto, sino una forma actual de colonialidad del ser y del saber, donde las jerarquías del dato reproducen las jerarquías históricas del mundo moderno-colonial. El algoritmo es también el soporte de una operación político-comunicacional que destruye lo colectivo, que profundiza el individualismo y reduce la noción histórico cultural de “comunidad” acuñada desde el Sur. Para la operatividad del algoritmo la “comunidad” es el nicho que incorpora, aglutina y organiza a los adherentes para que, actuando como manada, enfrenten al “enemigo” que piensa distinto. La transmuta de tal manera que la reduce en su sentido histórico y la resignifica como suma de individualidades que no conforman un colectivo.

Por ese mismo motivo restringir la cuestión comunicacional apenas a la idea de la libertad de expresión, a la posibilidad individual -así sea profesional- de manifestarse sin restricciones y hacerlo mediante la recurrencia a la mentira sistemática y con prescindencia del daño personal y social que se pueda causar es apenas una “caricatura” de lo que se entiende por el derecho a la comunicación. Porque -como bien lo afirma Contreras Baspineiro en el trabajo anteriormente citado- “el derecho a la comunicación establece un proceso de transición con enriquecimientos permanentes en el camino que vincula la libertad de los individuos a expresarse, con el derecho de los pueblos a comunicarse, democratizando para ello el acceso, la producción, la circulación y la resignificación discursiva de la vida cotidiana y desde la praxis ciudadana”.

Producir comunidad desde la comunicación en la actualidad es, ni más ni menos, que rehacer los lazos simbólicos que este mercado digital fragmenta.

El derecho a la comunicación incluye pero no se agota en la libertad de expresión: es un derecho ciudadano, un derecho humano esencial a la convivencia democrática en la diversidad y habilitante del conjunto de los derechos y que, por esa razón, tiene que ser garantizado por el Estado con políticas públicas pertinentes.

En este contexto hay que enfatizar la necesidad de la presencia del Estado y su papel que no puede ser el de mero espectador de la esfera digital, sino el garante imprescindible, tarea seriamente puesta en cuestión en este tiempo de individualismo, emprendedurismo y neoliberalismo.

Mientras tanto hay que explorar nuevas tareas para espacios de la sociedad civil que articulen tanto con el valor de lo público como de lo estatal. Hay que recomponer significantes. Se trata de encontrar herramientas que nos permitan operar en esta realidad, echando raíces en la vida cotidiana para, desde allí, construir alternativas.

Entre otros ejemplos miremos al trabajo colectivo en la economía social y popular, en la comunicación comunitaria y en el arte popular. En todos estos ejemplos y en muchos más hay cruces valiosos entre lo público y lo privado, entre lo personal y lo colectivo, apoyados en raíces histórico culturales, algunas antiguas y hasta ancestrales, y otras que emergen inteligente y creativamente de los procesos de transformación en la cotidianeidad.

Visto así, pensar la comunicación desde el Sur implica desarmar la matriz epistémica que legitima aquellos dispositivos tecnológicos. Porque los algoritmos, al seleccionar lo visible, reinstauran la invisibilidad de los otros.

¿Y la comunicación estratégica?

Volvemos entonces a la pregunta motivadora, tomando como base otra sentencia de Jesús Martín-Barbero al afirmar que la comunicación es el “hecho social total” por excelencia como esfuerzo integrador y como espacio totalizador de lo social (Martín-Barbero, 1998: p. 105). Asumiendo complementariamente que “la comunicación es reconocida como el espacio generativo de la transformación socio cultural” y, en consecuencia, es “el momento relacionante de la diversidad sociocultural” (Massoni, 2007. p. 35).

Pensar la comunicación estratégica nos demanda recuperar la mirada integral de la comunicación sin excluir de manera alguna la novedad que introducen los desarrollos tecnológicos, la operación de los algoritmos y de la inteligencia artificial. Pero tomando en cuenta la centralidad de la condición humana, la persona que habita y se desarrolla en comunidad en tanto y en cuanto actor relacional que genera redes y procesos de organización basados en intercambios conversacionales que hoy quedan sometidos a la lógica algorítmica.

Desde la comunicación estratégica podemos trabajar en la revolución de los sentidos actuando sobre los significantes culturales profundos y presentes en la vida cotidiana y la cultura de nuestras comunidades. Se trata de avanzar en “otros” intercambios conversacionales -presentes y actuantes pero invisibilizados- que expresan y forjan la producción colectiva de sentidos. Hay que hacer emerger nuevamente el sentido de la vida, de la solidaridad, de la comunidad. Sin resignarnos a la idea de que esos son valores inexistentes. Están sofocados, invisibilizados, pero no vencidos (Uranga, 2016: p. 16 y ss.).

Hay que poner en evidencia los nuevos y falsos dioses de la comunicación. No solo denunciarlos, sino desarrollar estrategias que permitan ejercer otras voces y otras perspectivas.

Lo decíamos poco antes y lo reafirmamos aquí. “Las civilizaciones antiguas explicaban lo inexplicable con dioses caprichosos. Hoy, en pleno siglo XXI, hemos reemplazado esos dioses por algoritmos, otorgándoles poderes y motivaciones que simplemente no tienen. Detrás de cada algoritmo hay programadores, decisiones y objetivos comerciales. No son entidades místicas, sino herramientas diseñadas para cumplir funciones concretas” (Cwaik, 2025: p. 25)

Para hacerlo entiendo que hay que retomar lo que Jesús Martín-Barbero nos refería sabiamente tiempo atrás. Para entender lo que nos está pasando necesitamos demoler el corset de las disciplinas para volver al caos que es la única manera de reorganizar desde la complejidad. El maestro hispano-colombiano sostenía que “este mundo está tan fuera de órbita que solo un regreso al caos nos va a permitir reinventar la sociedad. Reinventar una sociedad con capacidad de acoger toda la diversidad que hoy existe en este planeta, toda la diversidad de sensibilidades, de inventiva, de tipos de esperanza, toda la diversidad narrativa que hay hoy, la explosión narrativa de los jóvenes. Entonces, nuevamente, bienvenidos al caos”².

Hay tareas por delante.

Desde la academia y la investigación debemos que estudiar los procesos comunicacionales, develar y denunciar los existentes y generar modelos alternativos basados en los principios de la comunicación desde el Sur.

Desde la política es necesario potenciar acciones de incidencia pero también de visibilidad y promoción de actores políticos culturales hoy desatendidos, marginados. Es imprescindible que la comunicación se incorpore en la agenda de la política no como un recurso instrumental, sino como parte esencial de la construcción poder. Esto debería llevar a la generación de políticas de comunicación basadas en derecho a la comunicación entendido como derecho humano y transversal.

Desde las organizaciones es preciso promover a las y los actores sociales como protagonistas para visibilizar sus realidades, no solo como ejercicio de resistencia y demanda sino como fuente imprescindible de otros horizontes, incorporando sus sueños y escenarios de futuro como base del proyecto colectivo.

De esta manera, la comunicación estratégica tiene que apuntar a religar lo fragmentado, a partir de los sueños y las imágenes de futuro de los actores de base en la vida cotidiana, para ser soporte del entramado de procesos de transformación.

La pregunta es si ¿es posible hacer todo esto utilizando las mismas “herramientas” diseñadas para la dominación? ¿Hay otras opciones?

La respuesta no es por sí o por no. Tenemos que trabajar en otro proceso de apropiación y utilización de las tecnologías existentes, desarrollar otras metodologías sobre la base de nuevos criterios y miradas basadas en principios de justicia y derechos. En este mismo proceso es posible

² “Bienvenidos de vuelta al caos”. en Diálogos, Página/12. Entrevista de W. Uranga a Jesús Martín-Barbero Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-260497-2014-11-24.html>

que surjan otras herramientas, de diverso tipo, basadas en la inteligencia humana y puestas al servicio de una noción comunidad construida en clave de justicia y solidaridad.

Este tiene que ser el parámetro sobre el cual podemos edificar estratégicamente otra comunicación para otro mundo posible.

Bibliografía

- CONTRERAS BASPINEIRO, Adalid, 2024. Encrucijadas. Intersticios, enredos, intersecciones y disrupciones de la comunicación política. Quito CIESPAL.
- CONTRERAS BASPINEIRO, Adalid, 2018. Recordar el futuro. Planificación de la comunicación desde la comunicación. Neiva (Colombia). Editorial Universidad Surcolombiana.
- COULDRY, Nick & MEJÍAS, Ulises. El costo de la conexión. Buenos Aires, Ediciones Godot.
- CWAIK, Joan, 2025. El algoritmo. Buenos Aires, Planeta.
- MARTIN-BARBERO, Jesús, 2018. La palabra y la acción. Por una dialéctica de la liberación. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- MASSONI, Sandra, 2007. Estrategias. Los desafíos de la comunicación en un mundo fluido. Rosario (Argentina). Homo Sapiens.
- MASSONI, Sandra, 2011. Comunicación estratégica. Comunicación para la innovación. Rosario (Argentina). Homo Sapiens.
- MATA, Marita, 2023. In-disciplinada. Córdoba. Fundación Friederich Ebert.
- MATUS, Carlos, 2007. Teoría del juego social. Lanús (Argentina). Ediciones de la UNLa
- MORIN, Edgar, 1988. Introducción al pensamiento complejo. Barcelona. Gedisa.
- URANGA, Washington, 2016. Conocer, transformar, comunicar. Buenos Aires. Editora Patria Grande.
- VAROUFAKIS, Yanis. 2024. Tecno feudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo. Buenos Aires. Ariel